

NOTAS Y DOCUMENTOS

Seminarios Latinoamericanos: Nueva Etapa

Ricardo Cuéllar R., Pbro.
Secretario Ejecutivo del Departamento de
Vocaciones y Ministerios del CELAM, Bogotá

Lo que pase o no en los Seminarios tiene repercusión decisiva y prolongada en la vida de toda la Iglesia. El Seminario en el que se forman los pastores de la Iglesia, interesa a todos. En él, necesariamente, se toman rumbos, porque de ahí salen los hombres que trabajan a tiempo completo en la Iglesia. Laicos o eclesiásticos no pueden quedar indiferentes a lo que pase ahí. Una cuna tiene fuerza para atraer las miradas de toda la familia y con razón. Lo contrario sería renunciar a perpetuarse. Nunca ha habido hombres que no intervengan cuando se trata de su propia continuidad... de su futuro.

Hoy, nueva época de los Seminarios latinoamericanos, se están dando fenómenos que inquietan a no pocos clérigos o círculos eclesiásticos. La inquietud tiene doble lectura: o, con tristeza, se cree que los Seminarios vuelven a adoptar criterios y actitudes del pasado; o, con euforia, porque finalmente "todo vuelve a ser como antes". Ambas lecturas son inexactas y superficiales. Lo que está pasando hoy en nuestros Seminarios ni es el extremo del péndulo, ni es regresión con relación a supuestos avances.

Pero tales inquietudes deben formar parte de las preocupaciones laicales y no sólo eclesiásticas, porque los laicos no son extraños a lo que pase en la Iglesia.

Haremos un recorrido de análisis para ver en qué sentido podemos hablar de "nueva época" en los Seminarios Latinoamericanos.

I. Desde una Perspectiva de la Historia

1. *Una exigencia vital: experimentar.* Entre los años 1960-1975, en todo el mundo, una generación de educadores y educandos en los Seminarios realizó una serie de cambios en los mismos. Se experimentaron rupturas. Se dieron tensiones y hubo giros de 90 y 180 grados. ¿Por qué? ¿Qué insuficiencias se encontraron? ¿Qué motivos ocasionaron la inaceptación y el rechazo a la estructura del Seminario que venía en vigencia desde Trento?

Encontramos la razón fundamentalmente, en los nuevos planteamientos de la época del Concilio Vaticano II. Tantas cuestiones suscitadas frente a un mundo que se estaba descubriendo, levantaron ampollas, sobre todo, en los Seminarios. Y esto ocasionó la comprobación de que no se estaba más en condiciones de responder a las situaciones nuevas.

Este es el momento en el que una generación se replantea innumerables asuntos y asume una exigencia de la vida y de la historia: "el experimentar". El Seminario y la formación del pastor empezó a caracterizarse por una serie de rupturas con relación a moldes anteriores. Se aceptó el no querer la inmovilidad. Hubo movimientos bien intencionados, en fuerza de la fidelidad al presente, y también en fuerza del entusiasmo juvenil propio del ser del Seminario.

La autocrítica de los "maestros" necesariamente comenzaba a recorrer un camino menos "dogmático" y más cercano al riesgo que entraña todo experimento. Pero la inestabilidad, la ruptura, la crisis del experimento no se encierran en sí mismo. La búsqueda entraña sed del encuentro. Nadie quiere vivir en permanente experimento, sin obtener resultados. La experimentación como tal es valor transitorio. Por otra parte, sería infantil, ilusorio, pensar en una sociedad, institución o grupo humano que busque y trabaje por la experimentación total. Sería sujetar al grupo o institución a un caos que no tendría posibilidad de explicación o edificación. Hay momentos de experimentación saludable. Hay áreas de experimentación, pero, como tal, busca resultados y tiende a la estabilidad. Si no se crean hábitos o permanencias, no se tiene capacidad de institucionalizar cuadros que den sentido a la vida. Por otra parte, si la experiencia genera concepciones, actitudes, mediaciones consistentes, esto prueba que es capaz de fecundidad.

La generación que comenzó la experimentación y estableció muchos cambios en los Seminarios, no terminó la experiencia. Los seminaristas de entonces, salieron del Seminario a ordenarse de presbíteros o a seguir en la vida secular; los formadores de entonces muchos abandonaron el ministerio o están ahora en tareas pastorales fuera del Seminario.

Pero esta primera generación realizó algo importante: llegó a un punto que era necesario para que la nueva generación, la actual, tomara esas experiencias como punto de partida para el trabajo que le tocaba: "el rehacer". Cada momento tiene su aporte. No es que la actual generación esté comenzando trabajos de reconstrucción sobre ruinas con el mismo diseño arquitectónico anterior. Hoy se asumen cosas importantes que ya no son el punto de llegada de la anterior generación, sino el punto de partida para replantearlas desde otra óptica, desde otra lógica, desde una asimilación de la "experiencia" con sus logros y fracasos.

2. *Unos resultados que algo significan.* Lo que está pasando hoy en los Seminarios de América Latina tiene una significación muy profunda. Nuestros Seminarios se llenan, son ya suficientes. Se están construyendo o abriendo nuevos. Se redescubre con vitalidad nueva el valor de la vida espiritual, la oración, el silencio; se personaliza y se ama la disciplina, las exigencias académicas; se ubica y aprecia mejor la formación y acción pastoral; se sitúan las relaciones más bien en términos de comunión; hay buena participación en la vida del Seminario; se aprecian con más tino las relaciones con la familia y la sociedad; se precisa la problemática socio-política y sus repercusiones en la vida del Seminario; en fin, se está entendiendo mejor la apertura al mundo, el diálogo, los compromisos con el pobre, los retos de la sociedad contemporánea, etc.

Este "replanteo" es importantísimo. Algo serio está pasando. No se está dando por casualidad. No es, no puede ser regresión, ni mucho menos volver el péndulo al otro extremo. Sería ilusión querer volver atrás. La historia tiene una línea prospectiva necesariamente. En la historia siempre se han retomado elementos antiguos, pero con significaciones nuevas. La continuidad supera a la

ruptura, si aceptamos que la historia es irreversible; por otra parte, lo que acontece en la historia es continuidad persistente en las rupturas.

Sólo se puede hablar de regresión cuando lo novedoso que aparece es intento de volver al pasado, en el punto exacto del mismo y con las explicaciones idénticas que tenía anteriormente. Era necesario pasar por variadas y diferentes experiencias para aquilatar y probar. Muchas experiencias dieron prueba de fragilidad y por lo mismo se tenían que abandonar; muchas otras produjeron ámbitos y espacios válidos para replantear asuntos desde nuevas intelecciones que ahora van cobrando fuerza en los Seminarios de América Latina. Esto es lo que está pasando hoy. Por eso los jóvenes seminaristas actuales asumen con interioridad y profundidad, valores que no pueden quedar al margen de la vida del Seminario. El rompimiento está exigiendo rehacer algo. Los tipos de formación, los contenidos de formación, las configuraciones resultantes de esa formación, ocasionaron las crisis y hoy se intenta rehacer con nuevas explicaciones (porque no pueden ser las mismas del pasado) esos tipos, contenido y fisonomía de la formación. No es lo mismo "rehacer" que "regresar". No se trata hoy, nadie lo pretende, de volver a añoranzas o anquilosamientos estériles. No está pasando eso. Por lo contrario, se está intentando lograr una saludable síntesis que responde a las nuevas lógicas del momento presente. Nadie piensa en calcar para los Seminarios, modelos estructurales antiguos sin más. Causas idénticas producirían efectos idénticos. Es necesario matizar mucho para poder juzgar adecuadamente lo que hoy extraña a algunos de la generación anterior. La historia no es la simplicidad absoluta de Dios. Se trata de entender este hoy desde el ayer para poder entrar en comprensiones sintéticas, en encuentros saludables que construyan e impulsen.

Un adolescente debe tener capacidad para experimentar, pero cuando madura no quiere volver a la experiencia de la competencia deportiva o de la aventura novedosa. La madurez le va a dar razón de la consistencia o inconsistencia, de la verdad o de la mentira de lo que experimentó en la adolescencia. No se trata de saber si vale más la adolescencia que la adultez. Ambas tienen su propio valor. Lo mismo pasa en las Instituciones. Lo mismo está pasando en los Seminarios de América Latina. Los ensayos de pequeñas comunidades casi abandonadas, las inquietudes de "autoformación", los planteamientos sobre libertad, autoridad, obediencia, persona, celibato, oración, inserción, compromiso, etc. se consideraban venidos de fuera, sin interiorización profunda. Muchas veces lo novedoso se sumió sin crítica suficiente y sin esfuerzo de confrontación a una verdad histórica y a una adecuación atinada a "ésta" realidad. Era la experiencia que respondía a una vitalidad que al paso del tiempo y en progresiva madurez, esas mismas inquietudes se tenían que afrontar con nuevas interpretaciones. Parece que van siendo conquistas de la madurez. Por eso, hoy es más atractivo el Seminario para el joven actual. Más atractivo, ciertamente, que para el joven de los años 60-75.

Es verdad que otros muchos factores intraeclesiales y extraeclesiales influyen en esta madurez. Las instituciones, como los individuos, no son islas solitarias. Hay una red de interrelación y convergencias que van dando una clara fisonomía y coherencia a los seres.

II. Desde Algunas Perspectivas Intraeclesiales

1. *Dos acontecimientos: Medellín y Puebla.* Mucho debemos a Europa. Por largo tiempo un buen número de misioneros alentaron la fe en América Latina. Pero existe un fenómeno que necesita una explicación. ¿Por qué, hoy,

en América Latina hay tantas vocaciones como no las hay en Europa? ¿Cómo se entiende que América Latina, la joven América Latina con su "problema grave y crónico" de escasez de sacerdotes, tenga hoy sus Seminarios llenos y no suceda así en Europa?

Por años largos la Iglesia de América Latina se mantuvo como beneficiaria de Europa. Nada o muy poco tenía que aportar. Eran tiempos de receptividad más que de actividad. Pero sucedió algo insólito en los últimos años. Un mismo Concilio y un mismo post-concilio, vienen produciendo fenómenos muy dispares. América Latina presiente su lugar en el mundo católico. Cree que ha llegado la hora de dialogar a nivel de iguales. Por eso se explica Medellín como intento de interpretar el Vaticano II a la situación de América Latina; se entiende Puebla como intento de adecuar el ser de la Iglesia, la Iglesia de Evangelii Nuntiandi, a América Latina.

Y esto se ha sentido hondamente en los Seminarios. Con más o menos claridad, se percibe que en el Seminario se decide el futuro de la Iglesia. Hombres serenos de las dos generaciones antes enunciadas, saben que América Latina va creciendo y madurando. En estos tiempos han acaecido dos acontecimientos en su propio seno que han tenido honda resonancia en los Seminarios: Medellín y Puebla. Son el eco de una de las preocupaciones fundamentales de Río de Janeiro: la necesidad de sacerdotes. Por esto, el CELAM, nacido en Río, tiene una importancia capital para la Iglesia de América Latina. Por eso el CELAM, a través de su Departamento de Vocaciones y Ministerios (Devym), ha sido particularmente sensible y ha ofrecido servicios y proyectos dinámicos para atender la formación en los Seminarios. Medellín y Puebla han hablado sobre los Seminarios (Doc. de Medellín, n. 13 y Puebla, nn. 850-891). Por eso las Conferencias Episcopales latinoamericanas multiplican sus estudios y crean cuadros organizativos para atender mejor la Pastoral Vocacional.

Existe la conciencia de que América Latina está gestando un pensamiento. Ciertamente está generando algo nuevo en el concierto de la catolicidad. Hoy estamos menos preocupados por importar cuadros o fórmulas desde Europa. Y esto incide en los Seminarios. En ellos, con espíritu de fidelidad creativa, se van consolidando cuadros estructurales que asumen a Medellín y Puebla en síntesis nuevas. Por esto se habla de "recuperación". No se trata de volver a tener lo que se había perdido, sino de entrar en la genial (propia y distintiva) síntesis creadora de Puebla, que enmarca su intuición más aguda en la evangelización de la cultura latinoamericana, que es de matriz católica, para, desde ahí, lanzarse a proyectos de liberación integral. Puebla no es un tratado de Teología más o menos novedoso. Sus síntesis teológico-pastorales no son espectáculo de moda que se puede aceptar o rechazar en el Seminario. No se trata de informaciones porque es el resultado de la problemática de la Iglesia Latinoamericana y por tanto Puebla devuelve al Seminario una capacidad única de formación. Puebla no es un texto frío e importado. En Puebla todos los latinoamericanos son parte del texto. Puebla ofrece pautas para una formación capaz de crear y configurar, desde una concepción amplia, de tipo histórico cultural. Sólo esto puede entusiasmar y generar compromisos permanentes siempre y cuando tenga enclaves decisivos en el pueblo como destinatario de la formación en el Seminario.

El Seminario de hoy va captando esto. Por lo mismo, hoy está buscando la manera de penetrar este potencial de evangelización de nuestra propia cultura. En este sentido nuestros Seminarios, hoy, son creativos. Se siente una paz dinámica que no existía hace 15 años. Nuestro aporte hoy, desde los Seminarios, va más allá de lo que se podría apreciar como "fenómeno". Va hasta el

fondo, porque se incrustan en el espíritu, dinámica y orientación de Medellín y de Puebla.

2. *El hecho de la religiosidad popular latinoamericana.* En los años 1960-1975, fue grande el impacto de las teologías de la secularización. Los Seminarios lo sintieron. Frente a un mundo que ya no aparecía creyente, hubo sensación de fracaso y de aislamiento. ¿Valdría la pena seguir formándose en los Seminarios, para ir a un mundo que ya tenía otro lenguaje?; ¿a un mundo que se movía por otras escalas de valores? ¿Qué significaba tal formación, si el ambiente aparecía indiferente o aún hostil? Fueron esos tiempos en que la sensación de soledad, obligaron a replantear las cosas.

Años difíciles en los que espontáneamente se caía en reformas periféricas. Las renovaciones vitales no son fáciles. Años en que aparecía como afrenta o subdesarrollo la expresión religiosa popular. Habíamos caído en el análisis frío y de laboratorio, en cuanto a expresiones de fe católica y cristiana de nuestro pueblo. O, tal vez, estábamos confundiendo proyectos temporales con aportaciones propias, originales y trascendentes.

El seminarista sufrió este impacto. Quedó incierto y fluctuante acerca del sentido que tendría su consagración.

Con Puebla, volvemos a encontrar el alma de nuestro pueblo. La religiosidad popular, con sus imperfecciones y hasta desviaciones, hace recuperar al Seminario su dimensión y ser y estar en medio de este pueblo. Al mismo tiempo la élite del Seminario comienza a encontrar arraigo en el pueblo para hacer crítica interna constructiva de lo que sucede en la base. La masa o la élite quedarán paralizadas si no se encuentran en mutuas fecundaciones. En el Seminario de hoy se siente que se va superando la dicotomía, separación y divorcio que ha existido en muchos ambientes entre élite y pueblo. Estos serán los caminos pedagógicos para desarrollar el aporte de la religiosidad popular a las élites y de éstas a aquella. (DP 455, 466). Hoy no pensamos más en el cristiano de primera (militante, instruido, que participa en la liturgia, etc.) y el cristiano de segunda (ignorante, de peregrinaciones y santos...). Todos somos el pueblo latinoamericano que está rehaciéndose y reinterpretándose desde realidades que constituyen sus valores más profundos. La religiosidad popular es una realidad inserta en el pueblo. El seminarista ya no va a hablar un lenguaje extraño. Sabe que viene de ese pueblo religioso y va a ese mismo pueblo. Ahora se redescubre no aislado sino con vínculos profundos con este pueblo al que pretende servir.

Por esto, hoy nadie se extraña de que el Seminario haya superado aquellas mal entendidas "asepcias" en su vida religiosa. Hoy vuelven a entrar a los Seminarios las imágenes y los rezos populares, los cantos sencillos del pueblo y los signos de expresión religiosa de nuestras gentes. También el Seminario está buscando cauces pedagógicos para abrir horizontes a la religiosidad popular en este momento de desafíos de la civilización urbano-industrial. Todo esto en ese proceso de rehacer, desde nuevos planteamientos. No se trata, entonces, de relegar la vida litúrgica, las formulaciones precisas y exigentes de los contenidos de fe; no se trata, mucho menos, de asumir las reales desviaciones de nuestra religiosidad popular; se trata de *integrar en un todo* la fe católica vivida en la Iglesia universal, con las aportaciones que a esa fe católica de la vivencia de la misma en el peregrinar de la Iglesia latinoamericana.

La recuperación, desde nuevas experiencias, de la religiosidad popular en los Seminarios, es un avance. Las hondas creencias del pueblo tendrán en los Pastores apoyo y estímulo. Las actitudes básicas derivadas de esas creencias,

darán la marca propia. Esta no puede negociarse con firmas extrañas. Por eso el Seminario tiene que formar para dar capacidad de entrar en la dinámica de tales actitudes básicas del pueblo. Las expresiones que manifiestan esas creencias, habrán de entenderse en un marco amplio de nuestras razas y nuestra historia.

Todo esto hace que hoy nuestros Seminarios sean un signo fuerte de esperanza. Lo vemos rescatado en el Pueblo. El seminario se salva si se siente insertado en el pueblo. No puede ser un ghetto. Hoy, vemos que nuestros Seminarios entran más al alma del pueblo y el pueblo entra más al alma del Seminario. El aislamiento, la sensación de frustración o de fracaso, provocados por el impacto de la secularización de hace 15 años, se han ido superando desde la asunción de la religiosidad popular. En este sentido, nuestros Seminarios de hoy son dinámicos y creativos.

3. *El pontificado de Juan Paulo II.* El repunte vocacional y el Pontificado de Juan Paulo II son dos expresiones de la acción del mismo Espíritu Santo.

El repunte vocacional de América Latina coincide con el inicio del Pontificado de Juan Paulo II. Un Papa nuevo en muchos sentidos: "venido de lejos", de extracción obrera, con un magisterio arrollador y claro, dinámico y con gran capacidad de atracción a la juventud.

Este Papa ha hablado frecuentemente de la vocación sacerdotal. Lo ha hecho abiertamente, sin temores, proponiendo claramente las exigencias que entraña esa vocación. Lo ha hecho precisando y ubicando lo que ha de ser un Seminario. Lo hizo en sus dos viajes a América Latina (México y Brasil).

¿Qué ha significado para el joven latinoamericano este Pontificado?

Todo joven es capaz de generosidad heroica cuando percibe ciertas seguridades que justifiquen y den explicaciones totalizantes a su vida. El joven ama el riesgo, pero el riesgo que entraña una conquista. El hombre de la seguridad percibido por el joven latinoamericano, se llama Juan Paulo II. Aparece en el momento preciso en el que la Iglesia y el mundo dan síntomas de cansancio y de desgaste. Aparece retomando ese momento con vitalidad juvenil. Imprime esperanzas. Toma el liderazgo con optimismo. Propone programas para responder a grandes retos. Frente a la figura providencial de Juan Paulo II, América Latina se siente apoyada, asumida y convocada para sumarse en esta obra de reconstrucción eclesial.

Esta reflexión no ha sido suscitada por lecturas, comentarios oídos o elucubraciones de escritorio; ha nacido del contacto directo con la mayor parte de los Seminarios de América Latina. En tal contacto estoy interesado y tengo actuales responsabilidades en ese campo, como secretario ejecutivo del Departamento de Vocaciones y Ministerios (Devym) del CELAM y secretario de la Organización de Seminarios Latinoamericanos (OSLAM). Por tanto, lo único que he hecho es sintetizar una experiencia latinoamericana vivida.